

7º Paso. La alegría del encuentro con la Virgen María.

«Y sufriendo como nunca estuvo hasta el Sábado de Gloria, en que volvió a la tranquilidad de días anteriores».

Eran los días de la Pascua de Resurrección.

«Desde los días dolorosos de Semana Santa Ismael no vivía en la tierra. Todo su anhelo era el cielo. La hora de la muerte no llegó para él con miedo y con tristeza. Ante la esperanza de una muerte próxima, lleno de felicidad sonreía.

Le preguntó don José:

– ¿Estás triste, porque vas a morir?

– ¡No!, ahora me encuentro mejor preparado que nunca, y por lo tanto, que venga cuando quiera la muerte. Estoy seguro que la Santísima Virgen del Pilar a quien amo con todas las ansias de mi corazón, me ayudará a presentarme ante el Tribunal de su Hijo y por eso nada temo”».

El día 1 de mayo celebraba su 21 cumpleaños y *«fue el último fagonazo de su vida. Después se fue apagando visiblemente. A medida que la llama se extinguía, Ismael iba desprendiéndose más de la tierra, aún con el pensamiento:*

– Hábleme del cielo: ¡hábleme de la Virgen! –decía afablemente a cuantos le visitaban.

Tocaba ya el premio con las manos, pero mantenía la serenidad suficiente y la entereza de ánimo para preocuparse delicadamente de los demás. Uno de los días nota que la enfermera está excesivamente fatigada, pero que no se retira a su casa a pesar de haber terminado la hora del servicio. Ismael, mirándola afablemente, la dijo:

–“Váyase tranquila, que esta noche no me muero”».



Aurora en Tomelloso junto al padre de Ismael. A ambos lados de Aurora aparecen Mercedes y Martín Molinero Novillo (detrás). Al lado del padre están Ismael Montero Molinero, Luis Molinero Novillo con su esposa María, el escritor Jesús Marín Sierra y Tomás Montero Molinero.

«Sin embargo, una espina le punzaba el alma: su recuerdo se iba muchas veces hacia aquel pueblo manchego que lo vio nacer. Un peso angustioso y de pena lo invadía: moriría solo, sin los besos y solicitudes de una madre, sin el consuelo de los suyos...; quizás aquella buena enfermera le cerraría sus ojos, le diría las últimas palabras de aliento pero su muerte estaría sin el calor de la familia».

«Pensaba en su rinconcito de Tomelloso, la idea de no ver a la cabecera de su lecho a los suyos, a su madre sobre todo, al morir, iba a ser el torcedor continuo hasta expirar.

– ¡Qué consuelo más grande me daría Vd. –dijo a la enfermera– si me prometiera ir a visitar a mis padres al terminar la guerra, y hablarles de su hijo, y decirles que, a pesar de los dolores de la enfermedad, muero tranquilo y pensando en ellos”. La enfermera le respondió que iría:

– Aunque sea andando, iré; te lo prometo. Cumpliré tu última voluntad».

«Vi que su estado era grave y procuré verme con el médico de la sala, para que hiciera los posibles por salvar a aquella vida que tanto prometía en el campo de la juventud.

Él también se da cuenta de que su vida es breve y me pide papel, pues quería escribir el último adiós a sus padres que allá en la otra España le llorarían como muerto. Con mucha dificultad, pues casi no podía sostener el lápiz en la mano, escribe la siguiente carta:

“A mi queridísima mamá y papá, como demás hermanos: En este momento en que les escribo estas cuatro letras, estoy en mal estado, y al encontrarme en este estado, les escribo estas letras para darles el último adiós; pues espero que, cuando las reciban, seguramente estaré ya en el cielo, pidiendo por todos vosotros. Por mí no peséis pena, pues aunque tú mamá, no estuviste a mi lado, encontré una madre que me cuidó con los mayores cuidados que mi enfermedad pedía. No me abandonó ni un momento... hizo para mí las veces de la más tierna madrecita y por ella os envió mi último adiós. Adiós a todos los chicos, Antonio, Ana; a los tíos y demás primos; a Félix y Francisca, Miguel, Pedro y demás. Adiós a todos. Tú no tengas pena, que he muerto como tú me enseñaste. Recibí todos los sacramentos. Hasta el cielo, que allí os espero a todos, adiós. Recibid este último abrazo del que os quiere y no os olvida, Ismael”.

A continuación, le dijo:

– Ya que no tengo la dicha de tener aquí a mi madre, dígame jaculatorias y no me deje hasta que haya muerto...».

«Estuve con él desde las 5 de la tarde hasta las 11 de la noche. Cuando ya aquel corazón parece que dejaba de latir, abre los ojos, y con una mirada de gratitud, con una sonrisa en sus labios moribundos y entrecortadas palabras, me dice:

– “Hasta el cielo y no sufra por mí, que soy muy dichoso...”

Para todos pasó inadvertida aquella emocionante escena.

Le puse una inyección de cardiazol y con ella reacciona... Como ya está mejor, le dije, le dejo y mañana vendré temprano. Me apretó con efusión la mano, como despidiéndose, diciendo:

– “Que el Señor la premie todo cuanto por mí hace. Y si no la vuelvo a ver, ya pediré por usted, pues quizá cuando vuelva, ya habré muerto”».

«Alguien debió decir a Ismael que quienes morían prisioneros, eran enterrados en una fosa común. Hablando de ello con Aurora, se desahogó así:

– Me horroriza que me arrojen a la fosa común, cuando muera.

– No te apures, muchacho. Todo se andará.

Otra vez dijo:

– ***Quiero que, cuando muera, me amortajen con la sotana de la Compañía de Jesús.***

– *¡Vaya ocurrencia! Y ¿por qué con la sotana de jesuita?*

– ***Sí, porque yo tenía deseo de ser de la Compañía y ya que no he podido ser, por lo menos que me entierren vestido como uno de ellos, como murió S. Luis Gonzaga».***

Los primeros días del mes de mayo «iba ya terminando la lista de encargos antes de partir de este mundo y sin perder su buen humor decía:

– ***¡Qué poco voy a dar a los gusanos!, decía algo humorísticamente, mirando sus brazos huesosos y esqueléticos.***

El día 5 de mayo comulgó fervorosamente, como solía, y en la acción de gracias se despidió de Jesús hasta pronto. Se sentía acabar».

«*Aquel día D. José no iba a visitarlo».*

«*Recibió la Extremaunción con pleno conocimiento. Con voz débil, alternada con la respiración, acompañada de gemidos dolorosos, contestó el enfermo a las frases del ritual.*

Al despedirse el Capellán, con cierta preocupación le rogó Ismael que quedase a su lado, pues no quería morir solo. Temía esta soledad y aún presentía que Dios le iba a purificar más con esta última prueba. La enfermera aquel día había quedado en su casa por enfermedad. El Capellán le dijo algunas jaculatorias que Ismael repetía, más con la mente que con los labios. Con todo, hasta última hora y con voz apenas perceptible, salían de sus labios resecos:

– ***¡Madre mía del Pilar, sálvame! ¡Dios mío, misericordia! ¡Sagrado Corazón de Jesús, en Vos...!».***

Y expiró.

El cuerpo volvió a la tierra, el alma voló al Cielo al encuentro de la Virgen María, y el silencio con nosotros.

«Ballesteros, al dar la triste nueva a sus padres, testimonió sobre los últimos momentos de Ismael.

“Siento darles tan triste nueva, pero me veo en el deber de hacerlo por ser ésta la voluntad de su santo hijo, quien con sumo interés me encargó antes de morir que así lo hiciera... Siento doble pena por la pérdida de uno de mis mejores amigos y por adivinar la que proporcionará a su corazón dolorido de padres. Sírvales de consuelo, la consideración de que el Señor le tendrá cerca de su trono, adonde, por quererlo mucho, le llevó; era como un ángel y murió como lo que era. Preparado como un santo le llegó la muerte, y como un santo abandonó este lugar de miserias... El día 5 de mayo de este año, a las diez de la noche, expiró en la paz del Señor...”».

A los amigos íntimos de Ismael escribió: *«Era el día 5 de mayo, mes consagrado a la Virgen, cuando este ángel de pureza y de santidad había de unirse al número de los Bienaventurados».*

Ismael quiso ser sacerdote para parecerse a Jesús, para celebrar la Santa Misa, para unirse a Cristo en el sacrificio del altar y por fin la celebró, como Jesús en el Calvario, junto a María, como había hecho desde que ingresó en la Acción Católica, haciendo sagrados, sacrificados (“sacrificti”=“hacer sagrado”), todos los instantes de su vida.

Durante su corta vida dio pruebas de amor a Dios y al prójimo y de la práctica de las virtudes de la alegría, de la pureza y de la pobreza que, aunque no sean las virtudes más importantes, son la llave para abrir o cerrar la puerta de las demás virtudes. Pero, sobre todo, vivió el desprendimiento total y el abandono total en presencia de Dios, porque buscando su rostro lo encontró. Vivió con alegría y murió también en los días de la alegría de la Pascua de Resurrección y del mes de mayo, en el que nació, muy unido siempre a la Santísima Virgen María¹⁷.

ORACIÓN: Para que vivamos cada instante con la alegría del Siervo de Dios cogidos de la mano de Nuestra Madre la Virgen María, hasta el último momento.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.
